



Después de viajar en el asiento trasero del escarabajo mientras Owen y Alex no paran de hablar sobre esto y aquello de la orquesta –corrección: Owen habla y Alex solo dice *ajá*–, decido que, de hecho, necesito un trago.

Alex se detiene en el estacionamiento de tierra, frente a una gran extensión de pasto que rodea el lago Bree. Linternas oscilan en la oscuridad, podemos ver el brillo ámbar de una pequeña fogata y las sombras de nuestros pares entrelazándose con la luz. Una línea de bajo retumba, siento las vibraciones en mis pies apenas bajo del auto.

–Ah, ¡huelan las feromonas! –exclama Owen, extendiendo sus brazos e inhalando profundamente.

–Creo que es el alcohol –replica Alex, guardando las llaves del auto en su bolsillo.

–Es lo mismo –mi hermano sonrío ante la escena frente a él y puedo ver como todo el estrés que carga durante el año escolar se evapora sobre sus



hombros. Owen solo tiene dieces y practica con su violín de sol a sol. En casa, su habitación es excesivamente ordenada y sus papeles de la escuela están organizados meticulosamente en carpetas y cuadernos codificados con colores. Nunca llegó tarde a una clase, ni hablar de faltar sin permiso. Aspira a ser parte de orquestas en Broadway y a tocar en la sala de conciertos Symphony Hall en Boston. Pero cuando se junta con sus amigos, se transforma. Si me preguntan a mí, actúa como un completo idiota en estas fiestas. Pero es su manera de relajarse: cerveza, bromas y música alternativa cargada de graves que puedes sentir latir en los dedos de tus pies y manos.

Caminamos a través del lecho de pino hacia la fiesta, Owen casi me arrastra. Esto no es lo mío, para nada. No es que no disfrute pasar un buen momento con mis amigos, pero seamos honestos: las multitudes me llevan al límite, y los chicos llenos de cerveza y fanfarronería me ponen nerviosa.

Parece que la totalidad de nuestra pequeña esquina de Pebblebrook High School está aquí. Es una escuela público grande ubicado en Frederick, Tennessee, pero alberga al Centro Municipal Nicholson para Excelencia en Artes Escénicas, un programa especial abierto a cualquier chico que desee hacer una audición. Si es aceptado, el estudiante es transportado en autobús hasta la escuela, entrena en su disciplina específica dentro del programa y comparte el resto de las clases con chicos que no forman parte del programa.

Esta noche, como siempre, todos están divididos por disciplinas. Los actores y los de teatro musical por un lado, la gente del coro por otro, los de la orquesta, los bailarines, etcétera. No está mal visto juntarse con los de otro grupo o con los chicos que no forman parte del programa. En la práctica, pasamos tanto tiempo con los de nuestra disciplina que no



hay mucho tiempo para otra cosa. Entre las clases y los ensayos después de clases, para conciertos y musicales u obras, rápidamente formamos nuestras pequeñas comunidades. Owen y Alex viven saltándose, cariñosamente, al cuello por ocupar la primera silla (Owen tiene el honor este semestre, pero Alex fue primera silla el semestre pasado). El único motivo por el cual pasan tanto tiempo con nosotras, las chicas del coro, es que Owen y yo compartimos el útero materno.

—¡Hola, chicos!

Entrecierro los ojos para ajustarme a la oscuridad y veo a Hannah esquivando a algunas bailarinas que reconozco de mi clase de Teoría Musical. Tiene puesto un vestido bohemio suelto, con los colores del amanecer, y unas sandalias de cuero teñidas color coñac, cuyos lazos envuelven sus pantorrillas. Es un vestido sin hombros, la brisa fría de la noche causa que sus brazos se tornen morados. Como siempre, su cabello rojizo dorado es una maraña rebelde. Tiene largas trenzas desarrégladas entremezcladas con el resto de su cabello, lo que enloquece a su madre, pero creo que eso forma justamente parte del encanto. A pesar de sus elegantes padres sureños, Hannah es nuestra pequeña hippie. Pura risas y horóscopos. Un tarareo salvaje acompaña todo lo que hace y dice.

Durante los últimos dos meses, Hannah ha estado canalizado sus energías en mi hermano, lo que solo ha consolidado nuestra amistad. Fue la primera persona a la que llamé cuando Charlie y yo terminamos —porque justamente no podía llamar a *Charlie*— y me llevó a Delia's Café, en el centro, para ahogar mis penas en macarrones de lavanda y té de salvia.

—Cariño, luces asombrosa —dice Owen deslizado una mano alrededor de su cintura y hundiendo el rostro en su cabello.

—¿Sí? —Hannah sonríe y me guiña un ojo.

—¿Caminaste hasta aquí? —pregunto.



–Sip.

Hannah vive en un lindo vecindario del otro lado del lago. Su familia incluso tiene su propio muelle.

–¿Sabes? Esta semana fue agotadora –dice Owen mientras sigue hurgando en el cuello de Hannah–. Creo que deberíamos caminar hasta tu casa y recostarnos un rato.

Hannah contiene la risa y alza un hombro, golpeando el mentón de Owen en broma.

–Ahora no, Romeo.

La sonrisa de Owen se amplía y comienza a empujar a Hannah hacia el barril.

–Espera –dice ella mirando a su alrededor–, ¿dónde está Charlie?

–¡Shh! –la calla Owen y tapa la boca de Hannah con una mano. Ella se libera de un tirón inmediatamente–. No menciones a la Innombrable.

–Owen, no seas un imbécil –le espeto–. No es así.

–Sí es así, en realidad. La incomodidad abunda y solo intento ser un hermano mayor leal.

–Mayor en tus sueños.

–¡Por tres minutos!

–Ya quisieras.

Owen se ríe ante mi habitual insistencia en sostener que nuestros certificados de nacimiento sencillamente están equivocados.

–Además, yo soy más madura –digo.

–¿En qué te basas?

–Simple observación.

–Doy fe –agrega Hannah. Alex se ríe mientras Owen la pellizca y Hannah deja escapar un pequeño aullido–. En serio, ¿está todo bien? –me pregunta alejándose un paso de Owen e inclinándose hacia adelante



para que solo yo pueda oírlo. Owen se lamenta como un niño y Alex le da un codazo.

–Sí –respondo.

Hannah levanta su detector de mentiras con forma de ceja.

–No lo sé –digo encogiéndome de hombros–. No responde mis mensajes.

Hannah asiente con la cabeza, claramente no está sorprendida.

–Solo dale tiempo. Ambas tienen que acostumbrarse a esta nueva cosa entre ustedes.

–Pero no es nueva. Es vieja. Años tiene. Ese era justamente el punto de cortar.

–¿Lo era? –Hannah inclina la cabeza y me sonrío. Casi que odio ese gesto, es una de esas sonrisas que dice *Ay, pobrecilla*.

–Oh, cállate –replico, Hannah se ríe y golpea suavemente su hombro con el mío.

Antes de seguir hablando de todo eso, prefiero no hablar en absoluto. Owen cierra su brazo alrededor de la cintura de Hannah y la acerca hacia él.

–Cariño, vamos.

–¿Te veo más tarde? –se despide Hannah mientras Owen presiona la cara en su cuello otra vez.

La saludo con la mano y fuerzo otra sonrisa.

–Sí, seguro. Vayan a besuquearse o lo que sea.

Owen me despeina cuando pasan a mi lado, sin duda en búsqueda de algo para beber antes de escabullirse en el sendero que serpentea el bosque que rodea al lago, también conocido como el *Laberinto de los Besos*. Su mano está incrustada en uno de los amplios bolsillos del vestido de Hannah.

–Son casi asquerosos –digo riéndome.

–Para decirlo con delicadeza –añade Alex–. ¿Quieres algo de tomar?



—¿No eres el conductor designado?

—Lo soy. Un refresco para mí, un repugnante trago con vodka para ti.

—Suena irresistible.

Caminamos en dirección al agua y al barril de cerveza. A su lado, hay una mesa llena de vasos rojos de plástico y una jarra azul gigante llena de, tal cual predijo Alex, una especie de mezcla de jugo de frutas y vodka. Es bastante asquerosa, pero hace que el nudo que tengo en el estómago se afloje un poco.

Damos un par de vueltas por la fiesta, hablamos con chicos de nuestra escuela. Estampo una sonrisa en mi rostro e intento no pensar en mi teléfono sobre mi cama, en casa, seguramente sin mensajes. Tristemente, sin mensajes. Mis compañeros me miran con confusión, sus ojos dan una vuelta a mi alrededor y luego fruncen el ceño cuando a la única persona que ven es a Alex. Es infernalmente molesto. Les molesta cuando tomo a Charlie de la mano y les molesta cuando no lo hago.

Cuando más o menos pasa una hora, veo de lejos a Owen adentrándose en el sendero con Hannah. Tiene una mano en su trasero y la otra en el aire con un vaso, un líquido rojo se desparrama sobre su brazo. Grita y festeja mientras Hannah intenta callarlo tapando su boca con una mano. Está totalmente borracho.

—Sabía que iba a terminar así —le digo a Alex, gesticulando hacia mi hermano justo cuando él y Hannah desaparecen entre los árboles.

—El hombre ama ese ponche con vodka.

—Un poco demasiado, si me lo preguntas.

—Hablando de eso —dice Alex asomando su nariz en mi vaso vacío—, ¿otro más?

—Mmm, ¿por qué no? Pero si comienzo a tomarte del trasero y a vociferar como una idiota, deténme.



Se ríe y luego se sonroja, da un poco de ternura. Nos abrimos camino hacia el barril, que parece estar todavía más cerca del lago. El pasto debajo está pisoteado y embarrado.

—¿Cuánto tiempo crees que pase antes de que alguien se caiga al agua mientras intenta llenar su vaso? —pregunta Alex mientras abre una *Sprite* de una hielera.

—Una hora, como máximo.

Alex maniobra alrededor del barril asediado de chicos y mira como el agua tranquila del lago se asoma sobre el pastizal y los arbustos.

—No es el lugar más inteligente para guardar el alcohol.

—Probablemente no es el mejor lugar para pasar el rato —respondo.

Alguien me golpea por atrás y me empuja hacia adelante causando que colisione contra el pecho del Alex, quien me toma por los brazos, pero mi bebida se derrama sobre su suéter de todas formas.

—Ay, demonios, lo lamento —me disculpo mientras me doy vuelta para ver quién más ya está borracho a las ocho y media de la noche.

—Culpable —canturrea Greta Christiansen. Su cabello rubio cae sobre sus ojos super maquillados.

—No pasa absolutamente nada —digo inyectando la mayor cantidad de dulzura posible en mi voz. Me niego a dejar que Greta me afecte. Es una alto excelente, por eso representó a Lucille en el musical de otoño *No, No, Nanette*, y una de mis compañeras en *Empoderar*. Por otro lado, piensa que mi liderazgo del grupo es débil y cree que siempre canto fuera de tono (está completamente equivocada). Básicamente, está amargada conmigo porque no le hablé bien de ella a Owen cuando estaba interesada en él el año pasado. Por el bien de la camaradería femenina, somos dulces entre nosotras, el tipo de dulzura que podría ocasionarte una carie monumental.



–Voy a buscarte otro trago, Mara –dice, toma un vaso, lo llena con un centímetro de líquido y me lo da.

–Muchas gracias. Eres tan considerada –bebo el contenido del vaso de un trago y luego la rozo levemente en búsqueda de servilletas de papel. Alex sigue allí parado, observando el intercambio pasivo-agresivo entre nosotras mientras su suéter sufre las consecuencias.

–Ey, tengo algunas servilletas en mi auto –dice, tocando mi codo–. Vamos.

Sin volver a mirar a Greta, sigo a Alex hasta su coche, feliz de alejarme de la manada. Alex abre la puerta del acompañante y revuelve la guantera hasta sacar una pila de servilletas de Sonic el erizo, las presiona levemente sobre su suéter sin resultados. Pronto se rinde y lanza el suéter teñido de rosa sobre el asiento trasero. Se apoya sobre el auto y pasa una mano por su cabello.

–No es tu tipo de fiesta, ¿verdad? –pregunto.

–No realmente, no. Vengo porque Owen me molesta hasta que acepto.

–No creo eso ni por un segundo.

Se ríe.

–Además, intento asegurarme de que no se comporte como un idiota.

–Eso sí lo creo. Por muchos segundos.

La sonrisa de Alex se agranda y mira hacia abajo golpeando uno de sus borceguís contra el otro.

–¿Cuál es tu tipo de fiesta? –indago. Alex siempre ha sido una especie de rompecabezas. Bueno, no tanto un rompecabezas sino más bien una anomalía entre los chicos adolescentes, especialmente considerando que su mejor amigo es Owen. Mientras que mi hermano es puro ruido y alboroto, Alex es la superficie tranquila de un lago. Pebblebrook puede tornarse altamente competitivo, especialmente para aquellos en roles



de liderazgo como Owen y Alex, pero Alex nunca se altera. Es un chico coreano-americano tranquilo, que se encoge de hombros cuando Owen ocupa la primera silla, casi como si estuviera aliviado. Frecuenta el gimnasio por lo menos tres veces por semana porque sus brazos son celestialmente hermosos, y lee novelas de Stephen King en su tiempo libre.

Alex se encoge de hombros y desvía la mirada, una pequeña sonrisa se asoma en su boca. Ese gesto sin palabras no es algo nuevo y por eso mismo, después de años de amistad por parentesco, todavía no conozco tan bien a Alex. Es más que económico con sus palabras. Extrañamente, no da la impresión de ser frío o de que no quiere hablar contigo. Es más como si no encontrara las palabras correctas todavía y se rehusara a hacerte perder el tiempo.

—¿Cuál es la historia de este auto? —pregunto cuando es claro que no piensa decir nada más. Le doy una palmada al capó amarillo.

—Oh, Dios —suelta una carcajada y arrastra su mano por su rostro—. Mmm, mi hermana se lo ganó.

—¿En serio? ¿En un sorteo o algo por el estilo?

—No... en el programa de televisión, ¿*El precio justo*?

Intento aguantarme la risa y fracaso, ahogándome un poquito.

—¿Eso es una pregunta?

—Es un “no puedo creer que estoy diciendo estas palabras en una oración afirmativa”.

—¿Realmente estuvo en *El precio justo*?

—Sip. Hace unos meses, ella y un grupo de sus amigos de la universidad tomaron un autobús hasta Los Ángeles por el fin de semana y esperaron en una fila por horas. Estoy bastante seguro de que seguían borrachos de la noche anterior. ¿Quién hubiera dicho que era un savant adivinando precios?

—Y, ¿no se lo quiso quedar ella?



–No tiene mucho sentido que tenga un auto en Berkeley, así que mis padres hicieron que lo conduzca hasta aquí y voilà: tengo un auto del color de una camisa de polo de un idiota, que tu hermano llena de flores e insiste en llamarlo “La Luciérnaga”. LL para abreviar.

–Esta es mi historia preferida del mundo entero. Te das cuenta, ¿no?

–Solo dile a Owen que prefiero flores silvestres, ¿ok?

–Se lo voy a escribir con labial en el espejo de nuestro baño.

–Se agradece –Alex toma impulso en la LL y señala a la fiesta con su cabeza–. Entonces, ¿quieres...?

Su voz queda opacada por una carcajada estridente. Ese sonido familiar hace que mi corazón suba hasta mi garganta. Mi cuerpo se pone en alerta, buscando el origen.

Y lo encuentra.

De la mano de una chica que nunca había visto antes. Admito que Frederick, que está solo a veinte minutos al sur de Nashville, no es un pueblo tan pequeño como para conocer a todos. Pero conozco a todas las personas que Charlie conoce y estoy cien por ciento segura de que no sé quién es esa chica.

–Ok, probablemente esta fiesta sea un asco, así que no digas que no te advertí. Cuando quieras marcharte, solo...

Charlie no termina la oración mientras ella y esa chica esquivan un par de autos estacionados, su mirada se clava en la mía. Sus ojos se incrustan en los míos literalmente: *clic*. Tiene puesta una camiseta negra al cuerpo, jeans negros y la corbata de seda roja y dorada de Gryffindor, que le regalé para Navidad, atada holgadamente alrededor su cuello. Su cabello oscuro y corto es salvaje e incontenible y parece que busca alcanzar las estrellas.

Charlie levanta su mentón puntiagudo y su expresión es casi desafiante,



pero mi rostro debe lucir patéticamente herido y sorprendido, porque su seguridad se desvanece, relaja sus gestos y deja caer los hombros. Pero su mano no se mueve. Sigue entrelazada con la de esa chica de cabello pelirrojo oscuro. Vestida con una falda corta de jean. Que tiene curvas suaves y labios prominentes.

Ambas se detienen, pero solo por un segundo. Charlie posa sus ojos en Alex y luego en mí otra vez. Su boca sigue abierta, está a punto de hablar. Pero luego, la chica dice algo sobre haber escuchado sonar su canción preferida y jala de Charlie hasta que se pierden entre los cuerpos bailando y la música vibrante.

Parte de mí quiere seguirlos. Parte de mí quiere tomar a Alex y besarlo. Parte de mí quiere otro trago, lleno hasta el borde. Parte de mí quiere sumergirse en el lago y flotar a la deriva. Parte de mí esto, parte de mí aquello, tantas caras y divisiones.

A mi lado, Alex aclara la garganta, pero apenas reacciono. Me siento entumecida y prendida fuego al mismo tiempo.

—¿Quieres... que te lleve a casa? —pregunta suavemente.

—¿Podrías hacerlo?

—Sí. Le enviaré un mensaje a Owen para que lo sepa —saca su teléfono y presiona el botón de inicio, un suave brillo blanco ilumina su rostro—. Demonios, no hay señal en el bosque. Déjame ir a buscarlo, ¿de acuerdo? ¿Puedes esperar aquí? ¿Estás bien?

—Sí —encojo los hombros, trago saliva, y sonrío y asiento con la cabeza, y hago demasiadas cosas a la vez—. Estoy bien.

Inclina su cabeza hacia mí y su expresión destila una cantidad exasperante de lástima. Antes de irse, quita el seguro de LL y me abre la puerta. Me deslizo en el asiento del acompañante, feliz de estar sentada en la oscuridad por un rato.



La figura de Alex desaparece entre los árboles y en ese momento me golpea el silencio ensordecedor. Escucho el latido amortiguado de la música de la fiesta, pero no es suficiente para ahogar la quietud. Hundo mi cabeza contra el asiento, inhalando por la nariz e intentando controlar la velocidad de la exhalación, pero todo el aire sale al mismo tiempo en una ola de pánico. Siento un cosquilleo en la punta de mis dedos y una presión cada vez más fuerte en mi pecho. Tengo la boca seca.

*Cálmate, Mara, me digo a mí misma. Clavo mis uñas en mis leggings.*

*Pequeña perra estúpida.*

La voz sale de la nada y suena con un sorprendente desprecio en mi cabeza. Cierro los ojos con fuerza, intento controlar mi respiración e ignorar las palabras que retumban en mi cerebro.

*Pequeña perra estúpida.*

*Pequeña perra estúpida.*

Inhala, dos, tres, cuatro...

Exhala, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...

Lentamente, la voz se desvanece y la sangre vuelve a circular por mis dedos y mi pecho. Deslizo mis manos por mi cabello, sintiendo los rizos, los mechones que se llenaron de frizz por la humedad de Tennessee y recuerdo que estoy en una fiesta, sentada en un auto amarillo y que caminar de la mano no significa nada necesariamente. Charlie y yo caminamos tomadas de la mano durante años antes de que surgiera algo romántico entre nosotras. Incluso si sí significa algo, ¿cuál es el problema? Charlie y yo solo somos amigas. Mejores amigas.

*No soy una estúpida.*

*No soy una tonta.*

Las frases se repiten en mi cabeza y sigo controlando mi respiración hasta que veo a Alex pasar por delante del auto y abrir la puerta del



conductor. Inhalo profundamente una vez más y paso el cinturón de seguridad sobre mi cadera para asegurarlo. Alex se sienta apesadumbrado, una pierna sigue afuera del auto, en la tierra. Cierro los ojos y espero a que encienda el motor, lista para ir a casa y darme una ducha de agua hirviendo para sacarme esta noche de encima.

En mi cerebro se filtran imágenes de Charlie y esa chica y siento otra vez la presión en mi pecho.

—¿Podemos irnos, por favor? —pregunto, mi voz tiene un filo involuntario. Sin embargo, Alex no se da cuenta, no se mueve. Lo miro. Sigue con un pie en el estacionamiento y mira hacia el lago—. ¿Alex?

Nada.

—¡Alex!

Reacciona y me mira bruscamente.

—Mmm... lo lamento.

—¿Estás bien?

Arrastra su pierna dentro del auto, cierra la puerta y desliza sus manos sobre el volante. Incluso en la oscuridad, puedo ver que está pestañeando rápidamente y que tiene un nudo en la garganta.

—Alex, ¿qué...?

—Sí, estoy bien. Lo lamento. Solo... nada. Está bien.

—¿Encontraste a Owen?

—Sí. Está bien. Está bien, está con Hannah.

—De acuerdo.

Se ríe y se refriega los ojos.

—Dios, estoy más cansado de lo que creía. Ha sido una mala semana. Hasta ahora, el último año apesta.

—Estoy de acuerdo, así que larguémonos de aquí de una vez y durmamos todo el fin de semana, ¿te parece?



—Sí. Sí, suena como un plan.

Mete la llave en el encendido y el motor cobra vida. El auto se llena de música, una canción de estilo bluegrass, con instrumentos de cuerdas predominantes, que nunca había escuchado. Sin pensarlo, miro hacia el lago una vez más, buscando a Charlie.

Siempre busco a Charlie. Con la excepción de que esta vez, no la encuentro.

